

## Reseñas

**Ernesto ROJAS INGUNZA**, *El Báculo y la Espada. El obispo Goyeneche y la Iglesia ante la «Iniciación de la República», Perú 1825-1841*, prólogo de Josep-Ignasi Saranyana, Pontificia Universidad Católica del Perú-Instituto Riva-Agüero-Fundación Manuel J. Bustamante De la Fuente, Lima 2007, 295 pp.

José Sebastián de Goyeneche (1784-1872), obispo de Arequipa, su ciudad natal, durante 65 años (1817-1872), es figura emblemática del largo proceso que vivió la Iglesia americana en la transición del régimen borbónico a la República instaurada en el Perú. Un proceso sorteado de conflictos que Goyeneche, único obispo de la América sureña en algunos años, supo afrontar con el tacto y la habilidad para el diálogo que le caracterizó.

El Autor, abogado, historiador y teólogo, es profesor de teología de la Pontificia Universidad Católica del Perú. En este libro nos ofrece el resultado de una investigación que nació como tesis doctoral en esta Universidad de Navarra y que ha seguido enriqueciendo posteriormente. El estudio se centra en los años de la «República Inicial» entre 1825 a 1841, es decir, desde la batalla de Ayacucho que hizo posible la instauración de la República en el Sur peruano, hasta 1841, año en el que se liquidó el proyecto de reunificación del Sur peruano y el antiguo Alto Perú, y finalizó el primer ciclo caudillista.

Durante esos años y siguiendo los pasos, las decisiones, las contradicciones que vivió Goyeneche al frente de la iglesia en Arequipa, Rojas Ingunza trata de desentrañar el sentido de la política seguida con la Iglesia por el Estado naciente y las medidas y actuación del prelado arequipeño. Es un acercamiento novedoso a las relaciones Iglesia y Estado en el Perú de esos años difíciles.

Por una parte, el Autor se adhiere a la continuidad de la política eclesiástica del gobierno republicano con el reformismo borbónico de última hora que llevó a cabo medidas de control del Estado sobre la Iglesia y sobre los bienes eclesiásticos. Esa continuidad discurre

paralela al catolicismo de los políticos peruanos que discurren por los distintos grupos y partidos de la República.

De otra parte, el prelado Goyeneche, es descrito también, desde una perspectiva de continuidad y lealtad con sus convicciones, que supo ceder en lo que no era núcleo constitutivo de las mismas: el regalismo borbónico le habría llevado al respeto y acatamiento de la autoridad constituida; la adhesión a la fe de la Iglesia y el acatamiento respetuoso al Papa, estuvieron presentes en sus decisiones a lo largo del tiempo; la veneración por su familia y patria chica se percibe en toda su trayectoria.

Así se explicaría, afirma Rojas, el cambio de un discurso realista a la adhesión a la autoridad republicana; la defensa del derecho de Roma en la designación de obispos, junto al retraso indefinido de la visita de los regulares encomendada por la sede apostólica. Por el contrario la lealtad con su familia y con Arequipa tuvo una continuidad sin procesos de acomodamiento, como en los ámbitos anteriores: siguió los intereses familiares aún en medio de los conflictos agudos que le tocó vivir; y no abandonó su ciudad natal y la diócesis que tenía encomendada, aunque en alguna ocasión se planteó la posibilidad.

La historiografía más clásica sobre Goyeneche se ha balanceado entre la alabanza (Rada, Roma, 1917; Vargas Ugarte, Burgos, 1962) y la descalificación (Flora Tristán, Lima, 1946; Daniel O'Leary, Madrid, 1915). Klaiber reconoce su importante cometido histórico, Lima <sup>3</sup>1996; Basadre, se manifiesta equilibrado, consignando algunos hechos y sin enjuiciar al personaje, Lima <sup>6</sup>1970; García Jordán, lo descalifica, Cuzco 1991). El libro que presento, contextualizando a Goyeneche en el caminar de la Iglesia y del Estado peruanos, abre nuevas perspectivas sobre esta figura y sobre el Perú del momento.

La obra reseñada es referencia obligada para los historiadores de la Iglesia en el Perú de la República y libro de consulta para los historiadores y sociólogos que podrán encon-

trar aportaciones de interés sobre el Perú y la sociedad peruana en esos años.

E. Luque Alcaide

**María del Carmen ROVIRA GASPAS - Carolina PONCE HERNÁNDEZ (comps.),** *Antología (Instituciones teológicas, de Francisco Alegre. Ejercitaciones arquitectónicas y Dos antiguos monumentos de arquitectura mexicana, de Pedro Márquez)*, prólogo de Virginia Aspe Armella, traducciones de Mauricio Beuchot, Carolina Ponce Hernández, María Leticia López Serratos y José Luis Bernal Arévalo, Facultad de Filosofía y Letras-Dirección General de Asuntos del Personal Académico-Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad Autónoma del Estado de México, México 2007, 552 pp. + 4 láminas.

En continuidad con una ya antigua tradición de la UNAM, a la que también se ha incorporado la UAEM, un grupo de especialistas en la cultura novohispana han puesto a disposición del público estudioso una selección de textos de los expulsos jesuitas Francisco Alegre (1729-1788) y Pedro José Márquez (1741-1820), el primero natural de Veracruz y el segundo nacido en Rincón de León (Estado de Guanajuato).

Alegre, extrañado a Italia en 1767, y establecido en Bolonia, había tenido en la Nueva España (e incluso en Cuba) una intensa actividad intelectual (también como latinista), pastoral y patriótica. Se conservan cinco cartas suyas dirigidas a su correligionario Francisco Javier Clavijero, que revelan hasta qué punto el ambiente ilustrado había penetrado en los noviciados de la Compañía, aun con la oposición de los superiores. Pero fue en Italia donde escribió su obra dogmática de mayor calibre: *Institutionum theologicarum libri xviii* (comúnmente denominadas «Instituciones teológicas»). En esta obra se descubre al pensador independiente, que había abandonado su eclecticismo juvenil para acercarse a la causa tomasiana, distanciándose de las posiciones de es-

cuela de la Compañía, a las que nunca fue muy proclive. La edición que comentamos, que publica pasajes escogidos de las *Instituciones*, se enriquece con sendos estudios preliminares de Virginia Aspe Armella, María del Carmen Rovira Gaspar, Carolina Ponce Hernández y María Leticia López Serratos, sobre «criollismo y escolástica», «filosofía y humanismo» y «cultura y retórica», que ofrecen las coordenadas en las que se enmarca la producción intelectual del P. Alegre.

Márquez, el otro expulso ahora editado, era muy joven cuando se produjo el extrañamiento de los jesuitas. Había entrado en el instituto en 1763. Fue ordenado sacerdote en Italia, en 1769. Después de la extinción de Compañía, en 1773, vivió en Roma, Bolonia, Florencia, Madrid y Zaragoza. Al cabo, cuando la Compañía fue reestablecida (1814), se reincorporó a ella, regresó a México en 1816, fue nombrado maestro de novicios, y allí falleció en 1820. Sintonizando con los ideales de la Ilustración, se ocupó de lo bello, y aunque se ha dicho que no recibió influencia alguna de Kant, sino más bien de Johann Joachim Winkelmann y Gotthold Ephraim Lessing, algo tuvo que ver con la revolución kantiana, que estableció la tríada belleza-verdad-bien, y se interesó por su análisis. Justino Fernández ya había editado en la UNAM, ofreciéndolos en castellano, los dos opúsculos de Márquez: *Sobre lo bello en general* y *Dos momentos de la arquitectura mexicana*, publicado el primero en Madrid en 1801 (y ampliado en Roma en 1808), y el segundo en Roma en 1804. Ahora, José Luis Bernal Arévalo presenta una amplia selección de las dos obras, en edición bilingüe (italiano-castellano), con algunas anotaciones y un buen estudio preliminar. La primera monografía marqueziana es un intento de abrir la metafísica escolástica (sobre todo tomasiana) a los nuevos temas de la estética ilustrada (si el «pulchrum» es una propiedad trascendental o no lo es). La segunda obra tiene no sólo propósitos especulativos sino también mexicanistas y patrióticos, como declara expresamente en la dedicatoria «a la muy ilustre e imperial Ciudad